

PROCESO POLITICO-SOCIAL DE LA UNION CENTROAMERICANA

MUY difícil es todavía escribir un estudio bastante claro sobre el problema histórico y social de la unión centroamericana, porque las fuentes en que debemos apoyarnos y fundar las conclusiones pertinentes carecen, por lo regular, de la imparcialidad que se requiere en tales casos. Por ser un hecho relativamente próximo a los días actuales, el proceso histórico de la efímera unidad del Istmo sigue prestándose a variaciones de todo género en la apreciación de los sucesos, y conviene recalcar, sin temor a las equivocaciones, que en dicho asunto el partidismo y los resabios localistas constituyen la rémora principal de cuantos juicios serenos y completos se emitan en torno a su comprensión y trascendencia.

Sin pecar de vanidosos, y ateniéndonos a una realidad que es imposible modificar ya, trataremos de abordar tan grave problema, apuntando las causas, tal vez fatales, que originaron la desunión centroamericana, y señalando, al final, las que, según nuestro punto de vista, serían capaces de reconstruir la vieja nacionalidad en su plena organización estatal.

LA UNIÓN BAJO EL IMPERIO ESPAÑOL

Durante los tres siglos del Imperio español en América las cinco Repúblicas de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, más el Estado mejicano actual de Chiapas, formaron una Capitanía General subordinada al Virreinato de Nueva España. Nada hubo en ellas de particular que las diferenciara de los otros dominios peninsulares del Conti-

nente. Sus leyes y costumbres siguieron el ritmo de aquellos tiempos. Ni divisiones políticas ni religiosas alteraron su normalidad, al grado de que pudimos alcanzar los primeros años del siglo XIX sin tener que relatar hechos sangrientos por revoluciones alimentadas con el odio a las instituciones que regían la colectividad en sus diversas manifestaciones. Y si hubo divergencias apreciables entre sus habitantes, aclaramos que no fueron de importancia, pues se concretaron a ciertas rivalidades locales y fútiles que, desgraciadamente, adquirieron violencia desmedida a raíz de la independencia en 1821.

Era una realidad palpable la tranquila vida de estas regiones a pesar de los disturbios que en las postrimerías de la dominación hispana mantenían convulso y en armas al resto del Imperio, desde Méjico hasta el Río de la Plata. Por consiguiente, no se apartó de la evidencia don José Bustamante y Guerra, Gobernador y Capitán general de Guatemala, cuando en circular de 13 de abril de 1811, dirigida a todas las autoridades civiles y eclesiásticas de su jurisdicción, escribió: «Placentero contraste ofrecen en Guatemala (este nombre comprende las cinco Repúblicas citadas) las tristes imágenes de otros lugares, agitados por insanas discordias. Parabienes me doy de haber venido a un país donde andan hermanadas la lealtad con la sensatez, el patriotismo, que en otras partes es la hipocresía de los facciosos, con la racional subordinación, que es el ángel tutelar de los pueblos. Así, según la expresión de un escritor, mientras los buitres se despedazan, hay gusanos de seda de cuyo silencio y pacífico trabajo se gozan las siguientes generaciones».

En condiciones tan favorables llegó la hora de separarnos de la Madre Patria. No sufrimos las revoluciones sangrientas de Méjico ni libramos las batallas, no menos sangrientas, de la América del Sur, de cuya arena se levantó la gloria de capitanes tan ilustres como Bolívar y San Martín. Por el contrario, la emancipación nuestra fué ordenada y pacífica, al grado de que el mismo Capitán General en aquel momento, Gabino Gaínza, siguió al frente del nuevo Gobierno independiente, caso único en los anales americanos. El pueblo que ayer combatió su autoridad, ahora colocaba en sus manos una distinta,

pero relacionada siempre con los destinos políticos del estado que acababa de formarse.

La leyenda, tan difundida por muchos escritores, sobre la influencia de las doctrinas revolucionarias de Francia en estos acontecimientos, no pasa de ser éso: una leyenda. La lectura de cuanto se publicaba entonces corrobora el aserto, y hasta historiadores liberales dedicados especialmente a estudiar el punto aludido, como el guatemalteco Rodríguez Beteta (1), no llegan a esa conclusión, porque les sería imposible extraerla de documentos que la contradicen.

Las doctrinas de semejante procedencia despertaron más bien temor y desconfianza debido a su tendencia anticatólica y disolvente. En seguida estudiaremos el papel que desempeñaron en la estructura política de la Federación.

Fueron motivos parecidos o iguales a los que provocaron la independencia en el Norte y en el Sur los que también crearon el *status* de nuestro gobierno autónomo. Se buscaba, en primer lugar, la manera de consolidar el orden y la tranquilidad del Imperio sin tener que obedecer órdenes del amo extranjero de la Península: Napoleón Bonaparte. Ante la ineficacia de todo esfuerzo por conseguir este remedio a la crítica situación, es natural que prevaleciera la idea de abandonar en absoluto la autoridad española e ir por camino propio, mas no distinto del que llevábamos, en orden a las instituciones jurídicas y sociales.

Pocos ignoran la triste situación de España en los reinados, harto lamentables, de Carlos IV y Fernando VII, soberanos que nunca honraron las virtudes patrióticas de su noble pueblo y que echaron a perder, con su ineptia, los inmensos valores materiales y políticos creados por sus antecesores.

Ni la influencia francesa ni el deseo de excluir a España de América estaban en la mente de los próceres más sobresalientes de la independencia. Esto lo demuestran historiadores autorizados, como Carlos Pereyra, cuya obra en torno al Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, desmiente a los partidarios de la colaboración gala, y el argentino Enrique de

(1) Rodríguez Beteta: *Las cosas de la independencia*, Guatemala.

Gandía, fecundo y acucioso investigador, defensor de la tesis que ve en los primeros movimientos revolucionarios no el propósito de dividir el Imperio, sino la franca intención de luchar contra sus enemigos en América, ya que sus reyes en Europa exhibían desconcertante sumisión al conquistador de allende los Pirineos.

Centroamérica, pues, conservó inalterable la unidad que recibiera del antiguo régimen. Las mismas leyes continuaron reglando el orden de su vida, y la mayoría de los hombres encargados de su dirección habían servido antes al Gobierno español. Su protesta en favor de la independencia la dirigieron contra los errores cometidos por la corona y no contra los vínculos naturales e imprescindibles que impusieron los hechos de tres siglos de historia y la fusión de sangres capaz de engendrar los más férreos eslabones de la raza y del espíritu.

La conservación de esta realidad coronada por la unión de las provincias que integraron la Capitanía centroamericana estaría en lo sucesivo encomendada a los hombres escogidos o electos por la ciudadanía para servir los cargos principales de la administración pública. En ellos debemos encontrar los factores que en mala hora destruyeron el edificio levantado y mantenido firme por trescientos años y que no se pensó en modificar hasta que las dolorosas claudicaciones de los monarcas españoles obligaron a sus pueblos, tanto allá como aquí, a desconocer su autoridad. Lógico es suponer que los desequilibrios y trastornos de la cabeza afectarían a la totalidad del organismo.

LA UNIÓN CON MÉJICO

La sede virreinal de Nueva España sufría, a su manera, las consecuencias de estos trastornos políticos. No entraremos en detalles, harto conocidos, para situarnos en la época de Agustín Iturbide, proclamado Emperador de Méjico, y a quien los autores modernos e imparciales consideran como el fundador del Estado mejicano. Gracias a su participación en la guerra

contra las fuerzas peninsulares se logró la victoria definitiva y la pacificación del país, desgraciadamente efímera.

Uno de sus primeros actos consistió en dirigirse al Gobierno recién instalado en Guatemala invitándolo a formar un solo Estado, es decir, a no romper la unidad del Virreinato, que fué inalterable durante los tres siglos del Imperio.

Este documento, de fecha 19 de octubre de 1821, un mes después de la proclamación de la independencia centroamericana, contiene observaciones que se convirtieron en reales profeías.

«Las autoridades interinas de Guatemala —dice en uno de sus párrafos—, anticipando su determinación al pronunciamiento de la voluntad del pueblo en la materia que más interesa a su felicidad, han convocado un Congreso Soberano bajo el sistema representativo, a razón de un diputado por cada quince mil almas. No es ahora del caso exponer los inconvenientes que deben resultar de esta proporción, que tiene en su contra el ejemplo de los pueblos más libremente constituídos y en circunstancias más favorables que nosotros para dar a su representación toda la amplitud y extensión que a primera vista exige la recta administración del Estado. Mi objeto es sólo manifestar a V. E. que el interés actual de Méjico y Guatemala es tan idéntico e invariable que no pueden erigirse en naciones separadas e independientes sin aventurar su existencia y seguridad, *expuestas ya a las convulsiones intestinas que frecuentemente agitan a los Estados en las mismas circunstancias y a las agresiones de las potencias marítimas que acechan la coyuntura favorable de dividirse nuestros despojos.* Nuestra unión cimentada en los principios del plan abrazado universalmente en Méjico asegura a los pueblos el goce imperturbable de su libertad y los *pone a cubierto de las tentativas de los extranjeros, que sabrán respetar la estabilidad de nuestras instituciones* cuando las vean consolidadas por el concurso de todas las voluntades. Este concurso es difícil que se logre a favor de establecimientos *puramente democráticos*, cuyo carácter social es la inestabilidad y la vacilancia, que impiden la formación de la opinión y tienen en perfecto movimiento todas las pasiones destructoras del orden. Los pueblos pueden querer que

sus gobernantes, de cuya sabiduría y experiencia se prometen los bienes que por sí no les ha sido dado alcanzar, arrojen en su seno las simientes de la anarquía en los momentos de restituirse a la posesión de su libertad. El poder absoluto que se ejerce desde lejos con toda la impunidad a que autoriza la distancia no es el solo mal que debemos temer; es preciso que al destruirlo en su raíz evitemos las resultas mismas de la actividad del remedio, que en la demasía de su daño hará pasar el cuerpo político de la excesiva rigidez a la absoluta relajación de todas sus partes. Ambas enfermedades producen la muerte: aquélla, por faltar el movimiento, y ésta, porque se hace convulsiva». El subrayado es nuestro.

Fijemos ahora la atención en el alcance que tienen las frases de Iturbide, de clara visión del futuro, ampliamente realizada en los anales oscuros y turbulentos de nuestra historia. Sobrevinieron las revoluciones dirigidas por el caudillaje, que no tardaron en desmembrarnos, y los imperialismos extranjeros cañonearon y asaltaron nuestros puertos concluyendo por repartirse las riquezas del suelo, que poco a poco les entregaron, mediante concesiones y tratados, gobernantes incapaces y traidores.

Reparemos también en el concepto que le merece el sistema democrático aplicado a naciones impreparadas como lo era Centroamérica en aquella época. Con una extensión territorial semejante o igual a la de España, y una población de millón y medio de habitantes situados jerárquicamente en todos los grados de la cultura, pero con alarmante predominio de los analfabetos, ya podemos entender la razón que sustentaba el criterio del célebre caudillo mejicano. Una democracia en circunstancias así no engendraría más que la vacilación y la anarquía.

¿Cómo fué recibida la idea unionista en Centroamérica? Es lo que importa saber para apreciar debidamente los acontecimientos que siguieron a su proclamación.

En Guatemala el Gobierno estaba representado por una Junta Provisional Consultiva, que antes de aventurar una resolución en tan importante asunto dispuso consultar la opinión general, y así lo hizo enviando circulares a todos los ayuntamientos el 30 de noviembre para que en «en consejo abierto

«explorasen la voluntad de los pueblos sobre la unión al Imperio mexicano». He aquí el resultado:

Ciento cuatro ayuntamientos aceptaron la unión llanamente.

Once aceptaron con algunas condiciones.

Treinta y dos votaron por lo que resolviera la Junta Provisional.

Veintiuno se remitieron a lo que dijera el congreso convocado en el acta del 15 de septiembre, y que debía reunirse el 1.º de febrero.

Unicamente dos resolvieron oponerse.

Muy pocos ayuntamientos, que no sumaban la media docena, no remitieron sus datos oportunamente, motivo por el cual se dejó de tomarlos en cuenta al momento de declarar el Gobierno la unión que se pedía en una votación libre y espontánea, cuya abrumadora mayoría revelaba el sentimiento unionista de los centroamericanos.

Pero hay más sobre el particular que avala esta decisión de las masas populares en cabildo abierto, y es el hecho de que los hombres más ilustres de nuestra política aceptaron las mismas ideas y opinaron en favor de tal acercamiento fraternal y práctico, que urgía realizar ante los peligros que nos amenazaban. El nicaragüense Miguel de Larreynaga y el hondureño José Cecilio del Valle, figuras prominentes por su sabiduría y talento, encabezaron la lista de los próceres que estuvieron de acuerdo con este pensamiento. Comprendían, y así lo manifestaron varias veces, que el aislamiento completo sería de fatales consecuencias para el orden y seguridad de los derechos nacionales.

Con todo, los mayores obstáculos sobrevinieron luego y echaron por tierra el proyecto. La provincia de San Salvador, la segunda en importancia y fuerza después de Guatemala, opúsose firmemente al logro de estas aspiraciones, originándose entonces una de las peores guerras que sufrimos en los comienzos de nuestra vida independiente. Los rebeldes exigieron la absoluta independencia, tanto de España como de México y de cualquier otra nación del Viejo o Nuevo Mundo. Con tales palabras se expresaron en el acta de 1822, en cuya redacción tomó parte el sacerdote José Matías Delgado, con-

tumaz adversario de todo entendimiento con los guatemaltecos.

Para vencer la resistencia, Iturbide envió quinientos hombres al mando del General Vicente Filísola, quien puso sitio a San Salvador y hubo de retirarse al estallar en Méjico la revuelta que derrocó al Emperador, quedando, por consiguiente, sin ningún efecto sus planes.

Pero antes de este fracaso definitivo del Imperio mejicano, tuvo lugar un episodio lastimoso que es preciso recordar aquí, ya que por su propia naturaleza arroja luz suficiente en el sombrío cuadro de nuestra historia para explicarnos llanamente la verdad que se ocultaba en la tenaz oposición de aquel falso patriotismo.

En San Salvador volvíase más crítica la situación a medida que avanzaba la guerra. Entonces sus jefes, reunidos en congreso general, acordaron, sin titubeos ni largas discusiones, apelar a todos los medios para impedir la unión que estaban a punto de efectuar las armas de Filísola y que se habría verificado a no cambiar la suerte de Iturbide tan repentinamente. Uno de esos medios consistió en pedir la anexión de El Salvador a los Estados Unidos. El mismo congreso lanzó un manifiesto, valiosísimo documento en el estudio y comprensión del estado de ánimo de aquellos hombres heridos de muerte por el localismo, dolencia que tantos males nos causó por más de un siglo y de la que nos ocuparemos adelante. Lo firma el propio José Matías Delgado. El último de sus párrafos, que copiamos en seguida, nos evita la molestia de externar opinión sobre el humillante servilismo que lo inspiró:

«Y vosotros, heroicos pueblos del Norte de América, vosotros que también sufristeis por largos años la servidumbre y la opresión, que lograsteis haceros libres y daros leyes que os han hecho felices; vosotros, que veis en cada hombre un hermano y en cada americano un ser digno de vuestros auxilios, no desechéis nuestros votos: Admitidlos en vuestro seno, dispensad vuestra protección a pueblos hasta ahora oprimidos que quieren ser libres y ponedlos a cubierto de los nuevos ataques de la tiranía.»

Esto se decía el 5 de diciembre de 1822, cuando apenas había transcurrido un año de habernos separado de España, al

que estuvimos unidos por tres siglos ininterrumpidos, viviendo en la tranquilidad que todos los historiadores confirman, salvo las excepciones engendradas por la mala fe o por la ignorancia.

Sin embargo, fué el propio Méjico quien nos salvó entonces también de ver clavada en mitad del territorio centroamericano el asta de la bandera yanqui, porque el Gobierno de Wáshington, en respuesta a los anexionistas, rechazó la petición que se le hacía por la falta de continuidad territorial entre los dos países. Méjico se interponía en un trecho considerable como es fácil verlo en el mapa. Además no había sonado para los yanquis la hora de sus conquistas imperialistas, y en la mente de sus estadistas privaba la idea de Jefferson, expuesta al Congreso de la Unión, de fomentar el atraso económico y político en los países hispanoamericanos, para que los Estados Unidos, en un futuro no remoto y dueños ya del poderío y la riqueza que esperaban adquirir, se desplazaran hacia el sur del Continente, segura colonia de un imperio bajo el control de su *raza providencial*.

No ignoramos que los sueños de los políticos son como la vida en el drama de Calderón: sueños que no tocan a veces ni la superficie de la realidad. Pero no debemos contemplarlos con indiferencia si queremos evitar que en el porvenir obtengan carta de ciudadanía en el registro de la historia.

Más de un escritor, para justificar el hecho mencionado, atribuye la actitud salvadoreña al sistema de gobierno que se trataba de implantar. Se aduce que la autoridad monárquica no era la que convenía a los centroamericanos en los difíciles momentos por que atravesábamos. Pero nos vienen las preguntas: ¿acaso no era monarquía la que teníamos la víspera de los sucesos aludidos?, ¿la América española y la misma Europa habían implantado la república en su derecho político?, ¿estaba nuestro pueblo educado en una escuela distinta de aquella que aún predominaba en el criterio y en el sentir de la mayoría de los ciudadanos?

El tema ha merecido profundos comentarios de historiadores ilustres en casi todas las Repúblicas iberoamericanas. Poco tendríamos que agregar a no ser el dato de que en Centroamé-

rica no se registró un desvío de la corriente general que nos hiciera pensar en un fenómeno extraordinario por lo insólito y raro. La idea monárquica predominaba hasta en los últimos confines del que fuera Imperio español. No debe extrañarnos, por consiguiente, que en los mismos Estados Unidos alcanzara el prestigio suficiente para que la adoptaran algunos próceres de su liberación.

«Bolívar, ya en el movimiento, sin ser realista, propulsaba la presidencia vitalicia; Hamilton, en Norteamérica, por ser partidario de un Ejecutivo robusto, fué tildado de monárquico, en consecuencia de lo cual los antifederalistas de Thomas Jefferson designaron con el nombre de *republicano* al movimiento de oposición, que, a la larga, dió origen al partido de este nombre en los Estados Unidos; monárquicos, ocasionales o por convicción, lo fueron San Martín, Belgrano, Rivadavia y Rodríguez Peña, en la Argentina; Elío, en el Uruguay; los cabildantes de Santiago de Chile en 1808, y algunos de los amigos y tenientes de Bolívar, como Sucre, Páez, Urdaneta, Bermúdez, Nariño, Montilla, Ibarra, Austria, Santander, Clement, Sardá, Espinar, Briceño, Mosquera, Restrepo, Vergara, Flores, Valdés y otros; los que formaron el partido favorable a las pretensiones de la Infanta Carlota Joaquina de Borbón, y el sinnúmero de negociadores de proyectos venidos de gabinetes europeos; Alvear habló del protectorado inglés; Pueyrredón propuso la candidatura del Duque de Orleans, y el Gobierno francés la del Príncipe de Parma, que tuvo mucha aceptación en Buenos Aires; Richelieu trabajó en ese sentido y formuló a Zea un proyecto para la implantación de la monarquía en Colombia, donde Bolívar tuvo asimismo parciales en esa vía; Santander, citado anteriormente, se refirió a una «monarquía moderada y constitucional» en la célebre «carta de Garabuya» de 28 de agosto de 1822; Chile, Perú, Ecuador y Venezuela fueron objeto de planes políticos en la misma dirección, elaborados por elementos que figuraban en primera línea en la guerra de la independencia; monárquicos fueron también los estadistas que organizaron el Imperio del Brasil, el cual, después de haber conquistado la emancipación política y de haber dado al país luengos años de prosperidad, con los errores

inherentes a toda gestión pública, preparó la transición republicana de 1889 por medio de la política acertada, hábil y sesuda del Marqués de Paraná, y en Haití, Juan Jacobo Desalines, vengador de Louverture, se proclamó emperador el 8 de octubre de 1808, tras la declaratoria de independencia efectuada el 10 de enero anterior en la ciudad de Gonaives» (2).

El párrafo transcrito no da lugar a dudas respecto al valor que seguía ostentando la idea monárquica, tanto en las colectividades ignaras como en los estadistas sobresalientes del hemisferio. Tomarla como bandera de discordia al grado de preferir la anexión a los Estados Unidos no pasa de ser uno de esos tantos sofismas o pretextos de que nos valemos, en ciertos momentos, para vedar a la posteridad sentimientos de diverso género, cuya exhibición en público nos avergonzaría.

Creemos, además, que la república se habría presentado después como el resultado natural y lógico de la evolución política de los Estados en vías de organización. Lo que en el Brasil fué un cambio sin revoluciones ni extremismos, habría sucedido también en Centroamérica y Méjico. En forma gradual y con procedimientos que proscibieran la violencia nos hubiera sido posible darnos el gobierno más adaptable a las necesidades internas de cada Estado; pero agentes poderosos, cuya acción no pudimos conjurar sin grandes sacrificios, se interpusieron —como veremos más adelante— en la marcha de aquel movimiento, imposibilitando su auténtica y clara orientación.

LA UNIÓN BOLIVARIANA

A raíz de la independencia se vislumbraron conflictos de suma gravedad para Hispanoamérica que hicieron temer su conquista por parte de Europa o de los Estados Unidos. La

(2) Hernán G. Peralta: *Agustín de Iturbide y Costa Rica*, pág. 10. Recomendamos al lector esta magnífica obra del costarricense Peralta, por ser, a nuestro juicio, el mejor estudio publicado sobre la influencia de Iturbide en la política de estas jóvenes Repúblicas.

Santa Alianza, por un lado, y las teorías de Jefferson, por el otro, constituían realmente, probables enemigos de los derechos recién adquiridos en las relaciones internacionales.

Fué entonces cuando Bolívar, en uso de la clarividencia que exalta cada uno de sus pensamientos, propuso la celebración de un congreso continental en Panamá, el primero de su clase que se celebró en América, con fines todavía no superados por cuantos vinieron en seguida con el título de panamericanos.

Si Bolívar puso en ejecución tal proyecto en 1826, no quiere decir que la idea fuera exclusiva de su talento y previsión. Apareció también en la mente de varios estadistas del Norte y del Sur, como el chileno Egaña, el argentino Monteagudo, el hondureño Del Valle, etc. Era la consecuencia inmediata de los sucesos que estábamos presenciando.

Con ello se buscaba unirnos en un fuerte bloque de naciones, para, mediante esa alianza, contrarrestar los peligros externos que parecían inminentes.

Sólo cuatro naciones estuvieron representadas en el congreso: Méjico, Centroamérica, Colombia y Perú. Las demás vieron con indiferencia la asamblea, que pudo haber echado las bases de un entendimiento fecundo en beneficios para el futuro de los débiles Estados de ascendencia ibérica.

Estados Unidos envió dos observadores, Sergeant y Anderson, que no llegaron a tiempo y que llevaban instrucciones especiales y secretas de obstrucción y oposición que posteriores investigaciones históricas se encargarían de revelar (3).

¿Los resultados? Nadie los ignora, porque se trata de un acontecimiento relevante en los anales americanos. El fracaso acompañó a tan magníficas aspiraciones. La intervención maquiavélica del Gobierno de Wáshington impidió la coronación de la obra destinada a fomentar el progreso y la paz de estas regiones que, según los consejos de Jefferson, era prudente mantener en el peor de los atrasos con el fin de colonizarlas

(3) La invitación de Estados Unidos al Congreso de Panamá fué obra de Santander y no de Bolívar, quien se opuso a ella porque su plan anfictiónico era netamente hispanoamericano y no panamericano.

una vez que los Estados Unidos dispusieran de medios y población suficiente para ejecutar su plan.

De estas maniobras se dió cuenta Bolívar, pues así se deduce de la carta que dirigió a Mr. Campbell, Ministro de Inglaterra en Colombia, en la que afirma sin titubeos que «los Estados Unidos parecen haber sido puestos por la fatalidad en el Nuevo Mundo, para hacerle el mayor mal posible a nuestras Repúblicas» (4).

Semejantes maniobras no serían las últimas en la vida de los pueblos hispanoamericanos. Las circunstancias permiten que se renueven cuantas veces nos hallamos en la oportunidad de unirnos y fortalecer los vínculos materiales y espirituales, que jamás serán capaces de romper la insidia de los extraños y la traición de nuestro políticos sometidos a las órdenes del extranjero. Ejemplos muy recientes vienen en apoyo de lo manifestado, pero consuela palpar en los hombres de hoy el tacto y la habilidad que no poseyeron los de antaño y que es preciso aprovechar en la defensa de los intereses vitales de la patria.

Si traemos a colación el célebre congreso panameño, es con el intento de probar que en el ánimo del pueblo y del Gobierno centroamericanos alentaba un sincero ideal unionista, cuya trascendencia no se les escapaba ni en sus menores detalles. Se palpaba la necesidad de protegernos en vista de las condiciones tan desfavorables en que estábamos al desligarnos de una potencia como España, que derramó sangre y dinero en múltiples guerras contra la piratería y los esfuerzos coaligados de Francia e Inglaterra, empeñadas en deshacer la unidad territorial de su vasto Imperio.

Desgraciadamente, el noble propósito que analizamos fué desviado de su ruta por factores que, de modo incidental, formaron parte de nuestra política interna.

(4) El ilustre venezolano Rufino Blanco Fombona ha realizado muy importantes estudios sobre el particular, y en sus numerosas obras el lector encontrará documentación de inestimable valor en relación con el hecho señalado. Ellas nos explican muchos sucesos de nuestra política, que de otra manera aparecerían oscuros.

FACTORES SOCIALES CONTRARIOS

A LA UNIÓN: a) LA IMITACIÓN

EXTRALÓGICA

Capítulo extenso ocupa en la Sociología el fenómeno de la imitación. Nadie se libra de su influencia en las manifestaciones culturales que origina, pero no todos los pueblos reaccionan de igual forma al contacto de los hechos que la provocan.

En esto las colectividades hispanas difieren de la francesa extraordinariamente. Cuando Francia imita y copia suele brindar a sus obras cierta armonía que parece aumentar el valor de su contenido. Reconocemos esta ley en su literatura y filosofía. El llamado siglo de oro francés, con Moliere y Corneille a la cabeza, no se contenta con la simple imitación copiando hasta los modelos españoles del siglo XVII, mas saca de ellos verdaderos tesoros artísticos con fisonomía propia que se incorporan a su acervo cultural, enriqueciéndolo. En cambio, la imitación posterior de los literatos peninsulares acarrió toda la bazofia del siglo XVIII y parte del XIX, conocida por la escuela de los afrancesados, sinónimo de mediocridad y plena decadencia. Descartes, tomando de aquí y de allá ideas ajenas cuya matriz se cuidó de revelar, creó uno de los métodos filosóficos más revolucionarios de las ciencias; y en la centuria pasada el pensamiento galo es, por lo regular, un trasunto de la mentalidad germánica, sin que por ello dejemos de apreciar el ingenio y la medida racional que caracterizan estas apropiaciones extrañas, por lo mismo faltas de originalidad creadora.

La causa, como es lógico suponer, la heredamos en América, para seguir el camino que la realidad nos impuso. Un doble agravante le sumamos aquí: la exigua preparación cultural de las masas y el caudillismo que brota siempre espontáneo en terrenos así preparados para la demagogia y el tumulto.

Menos mal si esta imitación hubiera recaído en las ciencias y las artes. Pero ella trae consecuencias siniestras desde el mo-

mento que se concreta a los movimientos políticos, ya de por sí complejos y demasiado oscuros.

El Congreso federal, reunido en Guatemala en 1824, decretó la primera constitución, calcada en la de los Estados Unidos. Se le escogía por base en consideración a los excelentes resultados que estaba dando en los Estados del Norte, habitados por europeos trasplantados a las tierras de Nueva Inglaterra. No se reparaba en la enorme diferencia que existía, y existe aún, entre un elemento humano de exclusivo origen europeo y la densa población indígena que predominaba en Centroamérica, donde más del cincuenta por ciento lo formaban descendientes de Tecum Umán, Lempira y Nicaragua. El núcleo blanco era insignificante al lado del autóctono, y el mestizo no ocupaba todavía el puesto numérico que después ha venido a ocupar, al grado de constituir hoy, con la sola excepción de Guatemala, la mayoría absoluta de la población centroamericana.

En la nueva ley constitutiva se concedía a los Estados más poder del que era indispensable a su organización interior, y, en cambio, los poderes federales quedaban limitados en exceso. El sistema republicano unitario, sin duda, hubiera resuelto la cuestión en forma provechosa para la tranquilidad y el adelanto general; pero carecimos de estadistas preparados y menos esclavos de la imitación, que entonces degeneró en copia servil.

El punto de que tratamos es objeto de sesudos comentarios en las Repúblicas iberoamericanas, porque con raras excepciones el fenómeno se ha presentado en casi todas ellas con ligeras variantes y similares consecuencias.

En situaciones como aquélla, lo racional habría sido contar con un Ejecutivo fuerte, provisto de las facultades que las circunstancias demandaban, a efecto de evitar las rebeliones del caciquismo y la tiranía de las multitudes. No es preciso remontarnos tan lejos para hallar esta verdad objetiva y dolorosa. En nuestros propios días es dable observar el desequilibrio que reina en algunas administraciones víctimas del cuartelazo y de la sublevación, porque no tienen sus dirigentes

medios legales suficientes para refrenar a tiempo las maquinaciones de los caudillos «provinciales».

Por consiguiente, nos inclinamos a pensar con el jurisculto y ex Presidente ecuatoriano Velasco Ibarra, que el sistema recomendable a nuestros países es el *presidencialista*, entendiéndose por tal un Ejecutivo poderoso dentro de la ley, capaz de anular las ambiciones del político aventurero y de las masas explotadas en su credulidad por los arribistas. Sucesos recientes confirman el sentido realista de esta doctrina.

Y si ahora es visible el fracaso, ¿cómo no lo sería en los años inmediatos a la independencia, cuando imperaba el mayor desconcierto respecto al rumbo que debíamos tomar y a los procedimientos empleados con tino y medida para avanzar con libertad y progreso hacia el futuro?

Tarde se advirtió el grave error cometido. El General Manuel José Arce, primer Presidente de la Federación, lo confesó con amargo desaliento en sus *Memorias*, al decir que «la mayoría de los males de Centroamérica», provinieron de esa constitución sin arraigo en los hechos y en la idiosincrasia del pueblo a que se aplicaba.

A ésta siguieron otras imitaciones deplorables, cuyas fatales consecuencias padeció la República durante largo período.

Ocupaba la jefatura del Estado de Guatemala, en 1837, el doctor Mariano Gálvez, del bando liberal, cuando decretó nuevas leyes, si nuevas merecen llamarse las que escribiera el doctor Eduardo Livingston para la Luisiana, en los Estados Unidos, y que tradujo al pie de la letra José Francisco Barrundia, fogoso orador de barricadas y vehemente correligionario de Gálvez. El Código penal, ley del Divorcio, Procedimientos, etcétera, sustituyeron a las antiguas leyes que poseíamos. Imagínese el lector el salto social y político que suponían semejantes reformas. La segunda ley, principalmente, provocó la reacción más desagradable en una sociedad tradicionalmente católica, apegada a los usos y costumbres heredados de España, que no podía aceptar la disolución de la familia y la prostitución legal del matrimonio.

El descontento fué creciendo en todas direcciones, y los legisladores de marras, en la creencia de que se ponían a tono

con la civilización más adelantada del mundo, continuaron olvidando la sabia respuesta del sabio legislador ateniense: «no he dado a Atenas las mejores leyes, sino las que más le convienen».

Para abreviar, no multiplicaremos los ejemplos de esta laya; bastan los exhibidos para medir la pobre mentalidad de aquellos estadistas, fundadores de una escuela, que a pesar del siglo y medio transcurrido, echa retoños todavía en ciertos intelectuales esnobistas y ramplones de hoy.

Arriba dijimos que en los movimientos precursores de la independencia nada tuvo que ver la decantada revolución francesa con sus filósofos de la Enciclopedia y del gorro frigio, mas ya constituida la República hubo notable cambio en la ruta gracias a las imitaciones foráneas. Comenzó a prosperar la división de los partidos, raíz de incontables calamidades y fuente de disturbios a cual más notable debido a la carencia de preparación de los elementos populares, fácil presa del cabecilla erigido en árbitro de los destinos nacionales.

Un liberalismo, cuyo retrato omitimos por ser idéntico al de los otros países del Continente en la misma fecha, figura a la vanguardia de las enconadas oposiciones a que se enfrentó el poder central del Estado. Recibió de sus adversarios el apodo de *fiebre* por sus exaltaciones demagógicas; lo componían los «reformadores» empeñados tenazmente en importar cuantas leyes y disposiciones administrativas caían en sus manos con el fin de justificar el verdadero propósito que abrigaban de retener el poder con exclusión absoluta de los demás. El ideario revolucionario de allende el Atlántico fué su biblia y su programa.

En el extremo opuesto organizóse el partido conservador tradicionalista, motejado de *servil* por su resistencia a la admisión de las innovaciones que pretendía imponerles el criterio extranjerizante de los contrarios. Lo integraban personas de las clases altas y adineradas, pero en cantidad mayor la clase campesina baluarte aquí y en todas partes de las herencias morales y sociales menos sujetas a las metamorfosis del oportunismo.

Convienen los historiadores en que la profunda división

aludida intervino más que ningún otro factor en los desgraciados episodios que salpican de sangre, en cada página, la narración de la vida centroamericana a través de sus innumerables convulsiones políticas. De ahí arranca una serie de conflictos que la falta de cultura agravó en sumo grado. Sólo después de muchos años ha sido posible atenuar las absurdas diferencias partidistas sin llegar a borrarlas totalmente.

FACTORES SOCIALES CONTRARIOS

A LA UNIÓN: b) EL LOCALISMO

Una elección popular verificada en 1825 llamó a ocupar la presidencia de la Federación al General Manuel José Arce, liberal salvadoreño de tendencias moderadas, con regular ilustración y bastante experiencia en la cosa pública. Como es natural, invitó a colaborar con él a los hombres destacados de su partido, Pedro Molina, Mariano Gálvez, José Francisco Barrundia, etc., a quienes ofreció varias carteras de su Gabinete. Sin dar explicaciones satisfactorias rehusaron de plano el ofrecimiento, y Barrundia no vaciló en principiar sus duros ataques contra el Gobierno recién instalado.

No es lógico suponer que las meras inclinaciones partidistas del gobernante ejercieran presión en el ánimo de los gratuitos adversarios que le salían al paso. Arce era, quizá, más liberal que ellos, si tomamos esta palabra en el sentido noble y alto que le concede el diccionario; pero no era guatemalteco, y, desde luego, aparecía como un intruso allí donde el exclusivismo de la tierra anulaba todo valor, por grande que fuera, de más allá de las fronteras provincianas.

El liberalismo que predicaban los escritos de Flores en la prensa y el verbo demagógico de Barrundia en la tribuna, en la práctica política brillaba por su ausencia. El localismo, indudablemente, ya existía en la estructura social de nuestro pueblo. Si no habíamos conocido sus efectos, era porque la unidad del Imperio español mantenía soldadas las partes de tal modo que toda lacra de esa naturaleza perdía hasta la ocasión de manifestarse en la superficie de las actividades humanas.

Con el aflojamiento de los lazos imperiales que nos unían quedaba abierta la fisura de todos los resquebrajamientos del egoísmo y de la incultura.

El localismo se extiende a todo Centroamérica. No se circunscribe a una región aislada, donde habría sido fácil de eliminar. Prospera igualmente en Nicaragua, entre las ciudades de León, liberal, y Granada, conservadora; entre Comayagua y Tegucigalpa, las ciudades principales de Honduras, y entre Cartago y San José, en Costa Rica; pero en el caso guatemalteco-salvadoreño cobra mayor virulencia y produce consecuencias deplorables en sumo grado, a causa del poder e importancia de estas dos provincias de la patria grande.

Corre todo el siglo XIX y no merma un solo instante. Las dictaduras y las tiranías que se suceden en el poder echan fuego a la hoguera para cimentar su estabilidad provincial. Y si en los días actuales parece aniquilado el viejo antagonismo, se debe a la sensible renovación espiritual operada en el Istmo gracias a la instrucción y a las comunicaciones internacionales.

Arce intentó reconciliar a los ciudadanos que por diversos motivos amenazaban con la guerra en defensa de doctrinas partidaristas o por las incitaciones del localismo. En vista de que sus correligionarios le hacían el vacío, procedió de la manera que procedería todo gobernante en su lugar: buscó apoyo en el bando contrario. A dicha actitud la calificaron de traición los mismos que el día anterior lo atacaban por salvadoreño. Ocurrió lo que era de esperar, lo que se desprendía de los acontecimientos apreciados con rectitud y sentido común: los conservadores rodearon al General «intruso» de los liberales con el propósito, nada censurable, de conquistar el poder.

En la jefatura de los Estados predominaban caudillos liberales: Juan Barrundia, en Guatemala; Juan Vicente Villacorta, en El Salvador, y Dionisio Herrera, en Honduras. En Nicaragua, Manuel Antonio de la Cerda, y en Costa Rica, Juan Mora, si no de filiación conservadora, al menos alejados de las pasiones extremistas que fermentaban en el ambiente de Guatemala y que pronto desencadenaron las violencias de las multitudes.

Las dificultades para Arce comenzaron en la Asamblea, in-

tegrada en su mayoría por liberales guatemaltecos. Los diputados salvadoreños y costarricenses no estuvieron de acuerdo con este proceder de sus colegas guatemaltecos, y prefirieron abandonar el recinto en señal de protesta antes que seguir brindando su concurso a un cuerpo legislativo deseoso únicamente de entorpecer la marcha regular de los sucesos gubernativos. El localismo, por consiguiente, vencía al partidismo y se ahondaba con ellos una división que tanto ha costado borrar.

EL PRINCIPIO DE LA DESUNIÓN

Haremos aquí una breve reseña de los acontecimientos que culminaron con la disolución del pacto federal en 1838.

La reacción de Arce frente a sus opositores fué inmediata en consideración a las amenazas de guerra que lo cercaban. Destituyó a Barrundia de la jefatura del Estado e hizo que la Asamblea nombrara al conservador Mariano Aycinena para sustituirle. Los liberales principales huyeron entonces a El Salvador en busca de auxilios que no les costó mucho trabajo hallar en la buena voluntad del jefe Villacorta, que pronto dejó el mando por motivo de enfermedad. El sucesor, Mariano Prado, hombre impulsivo y enérgico, preparó en seguida un ejército destinado a la invasión de Guatemala. Esta comenzó en marzo de 1827. Dos reñidos combates pusieron fin a la primera etapa de la guerra: el de Arrazola, próximo a la ciudad de Guatemala, desfavorable a los liberales, y el de Milingo, en las inmediaciones de San Salvador, con resultado adverso para las huestes de Arce.

Recordemos que en el Estado fronterizo de Honduras gobernaba Herrera, perteneciente al bando liberal. Arce envió contra él una fuerza que penetró por el Occidente del país, tomó Comayagua, la capital, y lo remitió prisionero a Guatemala.

Los derrotados que lograron escapar de la ciudad se dispersaron, y uno de sus jefes, el General hondureño Francisco Morazán, que jugó destacado papel en los sucesos ulteriores, pasó a Nicaragua en demanda de auxilios. En la ciudad de:

León se los suministró el conocido revolucionario Cleto Ordóñez, y con ellos, más los que reunió en Honduras, recuperó Comayagua e instaló un nuevo Gobierno.

A continuación de la derrota de Milingo, Arce se retiró a Guatemala con el propósito de alistar un ejército mejor y volver a El Salvador. Así lo hizo, pero acusado de entrar en arreglos con el enemigo para firmar la paz, los conservadores le relevaron del cargo de Presidente y colocaron en su lugar al Vicepresidente, Mariano Beltranena. La lucha siguió con desgraciada fortuna para los guatemaltecos, que al fin abandonaron las plazas conquistadas cerca de la frontera y retornaron a sus cuarteles.

Beltranena insistió en llevar las operaciones militares por tercera vez al campo enemigo. Puso el ejército bajo el mando del General Manuel Arzú, que batió en Chalchuapa al General Merino y colocó su cuartel en Mejicanos, pueblo situado a una legua de San Salvador, por el lado Norte. Esta ciudad fué defendida tenazmente, y gracias a ello se vió libre de ser ocupada por los atacantes.

La crítica situación de los salvadoreños encontró alivio con el auxilio que habían pedido urgentemente y que les llegó de Honduras. El General Morazán había organizado mil cuatrocientos nicaragüenses y hondureños con los cuales cruzó la frontera por el Este. Arzú trató de impedir o retardar su llegada, y con ese fin destacó una fuerza a las órdenes del coronel Domínguez, que fué derrotada en Gualcho, a orillas del río Lempa. Sabedor del fracaso, tomó Arzú de su cuartel una división, y en persona se dirigió al teatro de los acontecimientos; pero Morazán ya no estaba en aquellos sitios por haber tenido que ir a Honduras a sofocar serios disturbios provocados en el departamento de Olancho.

Con esta reducción de sus efectivos, el ejército de Mejicanos no tuvo más salida que capitular a los siete meses de haberse iniciado la invasión. Esta noticia de la rendición convenció a Arzú de la inutilidad de toda resistencia. Resolvió trasladarse a Guatemala, dejando el mando de las escasas tropas que le quedaban en manos del Coronel Antonio Aycinena, al que Morazán, cuando volvía de Honduras con un segundo

auxilio de mil hombres, obligó a capitular en San Antonio.

Estos triunfos convirtieron a Morazán en árbitro de aquella situación política, y se le dieron poderes suficientes para emprender la guerra contra Guatemala.

Tres meses después, y comandando un ejército de dos mil salvadoreños y hondureños, dió comienzo a las hostilidades con buen éxito. La capital guatemalteca fué ocupada por los aliados de fuera y los liberales del interior, quienes habían cooperado con los invasores promoviendo serias complicaciones en algunos departamentos. Reducidos a prisión Arce, Aycinena y además jefes importantes, fueron extrañados del país junto con los miembros de las distintas Ordenes religiosas y el arzobispo monseñor Casaus y Torres.

Hubo reorganización de las autoridades federales y provinciales. Juan Borrundia volvió a la jefatura del Estado, y su hermano José Francisco recibió la presidencia interina de la Federación.

En los otros Estados, con excepción de Costa Rica, estalló la peor de las anarquías. Liberales y conservadores transformaron dichas tierras en verdadero campo de agramante. En diez años apenas, ocho jefes de Estado funcionaron en Honduras.

Al año siguiente, 1830, fué electo Morazán para sustituir a José Francisco Barrundia. Varias intenciones revolucionarias perturbaron el orden sin lograr su objetivo. En 1831 el doctor Mariano Gálvez, eminente político liberal, ascendió a la jefatura del Estado de Guatemala, habiendo desarrollado en su primera administración un programa que satisfizo a todos por lo atinado y progresista.

No tardaron los liberales guatemaltecos en externar su descontento por la presencia de las autoridades federales en su capital. Les parecía incompatible aquella proximidad de dos poderes en un sitio que cada uno deseaba exclusivamente para sí. El mismo Gálvez alentaba la sorda campaña que se hacía en tal sentido, y Morazán, en previsión de consecuencias muy desagradables, trasladó a San Salvador, en 1834, el asiento de los mencionados poderes, no sin la oposición también de los correligionarios que gobernaban allá. Lo cierto es que nadie

quería tener en casa propia un jefe superior al que había elegido la localidad para el servicio de sus mezquinos intereses. La idea de una patria grande con proyecciones mayores a las de ese localismo enfermizo que nos asfixiaba, no influía para nada en la mentalidad de aquellos hombres llamados a reformarlo todo con las amplias y nobles doctrinas del liberalismo.

En 1835 Morazán fué reelecto, y lo propio sucede con Gálvez. Este segundo período de don Mariano acarrió todo género de calamidades y disturbios. Entonces fué cuando el «reformador» Barrundia se encargó de importar las leyes de Luisiana, que levantaron la protesta casi unánime de aquel pueblo católico y tradicionalista.

Aparecieron luego brotes subversivos en distintos lugares del territorio nacional, que Gálvez trató en vano de reprimir con procedimientos drásticos y violentos. Y ocurrió entonces el que parece el mayor de los contrasentidos: los mismos liberales, encabezados por José Francisco Barrundia, autor de aquellas desgracias, se declararon enemigos de la conducta de Gálvez y trataron de arrojarlo del poder.

La insurrección en Oriente adquirió proporciones alarmantes al ponerse al frente de los descontentos Rafael Carrera (5), joven de veintitrés años de edad, llamado a desempeñar un singular papel en los destinos de Centroamérica, cambiando totalmente la política al eliminar del Gobierno al partido liberal y ejerciendo una influencia decisiva en los cinco Estados del Istmo al imponer, con la hegemonía de Guatemala, la paz y el orden en la revuelta vida centroamericana.

Incapaz de dominar la situación, Gálvez solicitó la ayuda

(5) «El indio salvaje de Mataquesuintla» lo llaman todavía sus enemigos, pero cuando publican su fotografía aparece con tupida barbita y bigotes a la española, distintivos que están lejos de caracterizar a la raza indígena. La verdad es, como ha probado F. Cerna en su reciente y documentada biografía, que era hijo de uno de los nobles Aycinena y de una mestiza, sirvienta del mismo, que por motivos sociales, esplicables sobre todo en aquel tiempo, ocultó la paternidad natural que las investigaciones críticas han puesto en claro.

del Gobierno federal, residente en San Salvador. En respuesta, Morazán se concretó a recomendarle un entendimiento con los revolucionarios para firmar la paz. En semejantes apuros buscó apoyo en los conservadores, ofreciéndoles dos ministerios que éstos aceptaron. Barrundia no pudo tolerar la decisión de Gálvez y se levantó en armas para secundar la obra de Carrera, pero éste, más arrojado y audaz, se apresuró a ocupar la ciudad, previo un reñido combate, el 31 de enero de 1838, hecho que puso término, por varias décadas, a la dominación liberal. La Federación, prácticamente, quedaba disuelta, y su Congreso, reunido en la capital salvadoreña, decretó el 30 de mayo: «Que los Estados que formaban la República de Centroamérica quedaban en libertad para constituirse de la manera que tuvieran por conveniente, conservando la forma de gobierno republicano, popular y representativo, y la división de poderes», y derogó el título XII de la Constitución Política de 22 de noviembre de 1824, que se refiere a los poderes del Estado.

En Honduras y Nicaragua ocurrieron hechos similares y desfavorables también al liberalismo, cuya ineptitud en la dirección de los negocios públicos era evidente. Si entre sus propios miembros no existía la unidad, resultaba imposible que la obtuvieran en un vasto territorio que pretendió gobernar con las utopías y las ambiciones de un ideario revolucionario importado e inadaptable a la naturaleza del pueblo centroamericano.

En breves palabras, el ilustre mejicano Carlos Pereyra explica las razones anteriores:

«El problema planteado por el sistema federal era irresoluble de todo punto. Consistía en sostener un cacique máximo sobre los hombros agitados de cinco caciques provinciales. Como el sumo imperante debía salir necesariamente de alguna de las provincias unidas, ésta tenía, por lo mismo, que entrar en lucha contra las otras para sostenerle. El hecho, por otra parte, de que Guatemala fuera centro de la Federación y provincia independiente, creaba en su seno una dualidad caciquil extraordinariamente peligrosa. El cacique máximo ten-

dría probablemente como enemigo al cacique local. Y así fué.»

«Los acontecimientos se encargaron de patentizar lo absurdo del sistema» (6).

LA PARTICIPACIÓN DE LOS EXTRANJEROS

Reducida importancia conceden los historiadores nuestros a la participación de los extranjeros en los deplorables acontecimientos relatados. El imparcial Agustín Gómez Carrillo, separándose de la regla, no los echa en olvido, y al respecto escribe:

«El Presidente Arce, sin decidirse abiertamente por ninguno de los partidos políticos, procuraba conservar cierto equilibrio; pero no siéndole dado mantenerse por mucho tiempo en situación tan difícil, se echó al fin de brazos del partido conservador. Le rodeaban grandes dificultades, tales como las intrigas de algunos hombres públicos y las contiendas que entre ellos ocurrían por dominar en el Gobierno; a esto se añade la activa participación que en la política tomaron varios extranjeros, militares algunos, que acababan de llegar al país, y que por móviles de personal medro, pues no era de creer que tan pronto estuvieran encariñados con esta tierra, ayudaron a encender el fuego de la guerra civil en pueblos que, al asomarse a la vida del régimen propio, ya se desgarraban las entrañas y escandalizaban al mundo con el incesante pugilato que consumía sus fuerzas y mataba su crédito» (7).

No fué, pues, insignificante la causa apuntada. Esos aventureros llegaron de distintos países en busca de oportunidades favorables a su medro personal. La mayoría provino de Francia, donde Waterloo había puesto punto final a las guerras napoleónicas. Numerosos oficiales y soldados de estos ejércitos licenciados buscaron en otros escenarios el medio de ganarse la vida del único modo que se la ganaban en Europa: la gue-

(6) Carlos Pereyra: *Historia de la América Española*, V, pág. 383.

(7) Agustín Gómez Carrillo: *Historia de Centroamérica*, pág. 200.

rra, convirtiéndose así en mercenarios y aventureros al servicio de la política revolucionaria de la matanza y del saqueo entronizada en nuestros países, y que esos mismo aventureros ayudaron a mantener por conveniencia de sus intereses.

Los anales centroamericanos de esa época abundan en nombres franceses pertenecientes a militares de diversas graduaciones: Torrelonge, Pierzon, Saget, Prem, Nicolás Raoul, etc., especialmente el último, que desempeñó destacadas funciones por sus conocimientos y pericia en las acciones bélicas, cualidades que Morazán encomia, lleno de gratitud, en sus *Memorias*, con las siguientes frases: «El general Nicolás Raoul, antiguo veterano del ejército de Napoleón, que hoy ocupa un lugar distinguido en el ejército francés, entró al servicio en concepto de Jefe de Estado Mayor». «A la experiencia y conocimientos militares de este jefe (el más instruido que ha venido a Centroamérica), de los que siempre he hecho uso en lo que ha estado a mi alcance, debo, en gran parte, no haber sido nunca sorprendido, ni sufrido jamás una derrota en trece años de guerra casi constante, provocada por los desafectos a la República.»

Así como Racul se convirtió en el jefe del Estado Mayor del ejército principal, así los demás participaron con cargos semejantes en las campañas fratricidas, cuyos lamentables desastres afectaban profundamente a los hijos de la tierra istmeña y no a ellos, a los extranjeros, que cosechaban las mejores ganancias en dinero sin importarles la suerte de quienes pagaban con su sangre y la ruina de sus familias el criminal servicio de ser llevados a la destrucción y a la muerte por sus órdenes.

En la actitud y en los propósitos de los extranjeros es preciso investigar el origen de las medidas extremas que desencadenaron las sangrientas convulsiones a que nos referimos. Con ellos penetraron aquí las doctrinas que en Francia y en las naciones vecinas, incluso España, agitaron a los pueblos y condujeron al absolutismo de Napoleón y a la perenne inquietud destructora de los reformadores improvisados, cuyos medios de lucha se confundieron con la insurrección y el cuartelazo, basados en el principio de la igualdad, «el sofisma de la pá-

lida envidia», según la autorizada opinión de José Enrique Rodó.

Se luchaba por una bandera roja y verde, pero jamás por la unión centroamericana. Ni en las *Memorias* ni en el *Manifiesto de David*, principales documentos con la firma de Morazán, leemos una sola palabra relacionada con la unión. En cambio, se declara sin ambages que la causa defendida es otra: la de un partido demasiado funesto en los destinos de la República. Claras son las siguientes frases del manifiesto: «Esta guerra, tan fecunda en hechos que ilustraron más y más la causa de los liberales vencedores, arrojó, sin embargo, elementos funestos de discordia».

Y con ello se dice toda la verdad, porque la causa verdadera de aquellas guerras alimentadas por los aventureros de todas partes era la causa de un partido y no la de la República unida y fortalecida por el patriotismo de sus hijos.

Los hechos siguieron confirmándolo. En 1840 los departamentos occidentales de Guatemala se levantaron en armas y proclamaron la República de los Altos. Sus dirigentes, del partido liberal, recibieron auxilios de los correligionarios que aún mandaban en El Salvador. Morazán emprendió una campaña sobre Guatemala, entró a la capital, abandonada casi por las fuerzas de Carrera, pero antes de veinticuatro horas un violento contraataque le infligió completa derrota y pérdidas considerables; descalabro decisivo, pues ya no le fué posible sostenerse y tuvo que emigrar a Sudamérica. Otro ejército del «indio salvaje y retrógrado» ocupó Quezaltenango, la capital altense, y reincorporó al seno de Guatemala ese vasto territorio, en mala hora desprendido por el separatismo de los políticos extranjerizantes.

LA MENTIRA UNIONISTA DEL CAUDILLISMO LIBERAL

Dice Nietzsche que las grandes ideas producen tanto daño como las malas, porque sirven de antifaz a las peores causas. En Centroamérica la aplicación de esta verdad goza de los pres-

tigios de la evidencia. Son incontables los sucesos históricos que la cohonestan, y, desgraciadamente, los daños que ha provocado en los más variados aspectos de nuestra vida republicana todavía los soportamos con la vaga esperanza de que algún día desaparecerán. La experiencia y la cultura progresiva de las masas comienzan a descubrirles los errores y a hacerles dar la espalda a los apóstoles del engaño que nos predicán la unión en sus discursos y practican el odio separatista en sus acciones.

Deshecha la Federación, los caudillos «providenciales» del liberalismo se proclaman, y siguen proclamándose al presente, unionistas desinteresados y patriotas, simulando desvelarse por conquistar lo que nos hicieron perder en 1838.

Entre estos caudillos liberales sobresale el General y doctor Máximo Jerez, tan ensalzado por los adeptos de su Partido, y sobre cuyos desaciertos hay mucho que escribir en términos de la más acre censura.

Con el mencionado pretexto unionista intentó siempre alcanzar la presidencia de Nicaragua. En 1854 lo vemos por los senderos de la revolución contra el Gobierno conservador del General Fruto Chamorro. Consigue apoyo en Honduras y logra penetrar lo bastante en el territorio para sitiar la importante ciudad de Granada. Entonces los conservadores reciben el nombre de *legitimistas* y los liberales el de *democráticos*.

La guerra se prolonga demasiado, y en vista de la tenaz resistencia de Chamorro, que burla sus proyectos, Jerez y su compañero de beligerancia, licenciado Francisco Castellón, conciben el plan de traer un ejército de filibusteros yanquis, prometiéndoles dinero y tierras.

Jerez se entendió con Fisher para la entrada de 500 hombres, y Castellón firmó con Byron Cole un contrato para enganchar una cantidad mayor de estos aventureros a cambio de iguales recompensas. El contrato de Byron Cole fué traspasado a William Walker, famoso bandolero que ya había desarrollado actividades parecidas en el estado de Sonora en Méjico.

Estas fuerzas desembarcaron en los puertos del Realejo y San Juan del Sur y recrudecieron la guerra a muerte que ve-

...mía sufriendo Nicaragua por la ambición ilimitada de unos «reformadores», vergüenza del patriotismo nacional.

Tamaño peligro para las libertades y la soberanía centroamericanas era patente al grado de alarmar a los propios causantes de la catástrofe. Y entonces ocurrió el fenómeno inverso del que propalan y enseñan los panegiristas liberales. La unión se efectuó para combatir al enemigo común, y fueron los «reaccionarios y serviles» los que la realizaron efectivamente en medio de aquella heroica tragedia, que en el término de dos años desolara a Nicaragua y arruinara la economía del resto de Centroamérica. Los Presidentes Carrera, Santos Guardiola y Rafael Campos, de Guatemala, Honduras y El Salvador, respectivamente, se apresuraron a enviar sus ejércitos bien equipados al teatro de operaciones, y poco antes lo hizo Costa Rica, donde el Presidente Juan Rafael Mora se portó valerosamente a la altura de las circunstancias. Brillan en la contienda nombres esclarecidos que es preciso recordar, como los Generales Tomás Martínez, Florencio Xatruch, Víctor Zavala, José Joaquín Mora y, sobre todo, el Coronel José Dolores Estrada, vencedor de San Jacinto, el 14 de septiembre de 1856, fecha de nuestra más auténtica y verdadera Independencia.

Es ésta verdaderamente la Guerra Nacional, como se le conoce en la historia; y así fué, porque sus batallas se libraron contra un enemigo extranjero deseoso de extender la esclavitud del Sur de Estados Unidos a las débiles Repúblicas centroamericanas. Por consiguiente, no se equivocaba el insigne geógrafo francés Eliseo Reclús al afirmar que «San Jacinto ha sido la primera batalla librada en América contra la esclavitud».

El doloroso cuadro se complica con la intervención, hábilmente disimulada, del Gobierno de Washington, presidido por Buchanan. Varios actos de sus funcionarios diplomáticos en Nicaragua y documentos descubiertos después en los archivos, prueban el interés que tenía aquel Gobierno por el triunfo de Walker en la esperanza de darle efectividad al imperialismo que Jefferson planteara medio siglo atrás.

Para disimular sus intenciones, el jefe filibustero, de acuerdo con los democráticos, nombró Presidente al General Pon-

ciano Corral, cuyo Ministro de Relaciones Exteriores fué el propio Jerez. «El autorizaba los decretos más inicuos contra la libertad individual y contra la propiedad sin acordarse de los dieciséis meses de guerra civil en que había figurado como defensor de la Constitución y de las Leyes y fogoso proclamador de la nacionalidad de Centroamérica» (8).

Pero nada de lo expuesto debe extrañarnos, porque —insistimos—, las palabras eran una cosa y otra los hechos en estos abanderados del ideal unionista. La meta final para sus ambiciones particulares radicaba en el Poder. En el caso de Nicaragua se les frustró el plan que habían preparado con tamaño desacierto. Corral no era más que un títere de Walker; éste mandaba a su antojo. Su intención era la de apoderarse de todo el país y en seguida extender su dominación a toda Centroamérica. Contaba para ello con los refuerzos que le seguían enviando los esclavistas del Sur de los Estados Unidos.

Arrepentido Corral de estar desempeñando tan degradante papel, trató de pasarse al bando contrario, y al efecto escribió unas cartas que cayeron en manos de Walker, delito que el filibustero castigó con la pena de muerte.

Numerosos partidarios de Jerez comenzaron a desertar de sus filas cuando palparon el grave error que cometían. El propio caudillo «unionista», considerando perdidas todas las esperanzas, se retiró también con estas palabras: «Yo tengo la mancha de la introducción del filibusterismo; quiero lavarla, si es posible, con mi propia sangre». Esta confesión debió de ser sincera en aquellos instantes, pero ulteriores acciones de su carácter veleidoso demostraron que daba poco valor a sus arrepentimientos.

Creyéndose todavía fuerte, Walker decidió proclamarse Presidente gracias a un simulacro de elecciones en el que participaron los democráticos, que por miedo o por interés, permanecían a su lado. En las ceremonias de la toma de posesión, el único diplomático extranjero que estuvo presente fué Mr. Wheeler, Ministro de Estados Unidos ante el Gobierno legítimo nicaragüense y no ante los usurpadores extranjeros. Los

(8) Jerónimo Pérez: *Memorias*, pág. 178.

primeros actos de Walker en su condición de mandatario consistieron en tratar de imponer como idioma oficial el inglés y decretar la esclavitud negra tal como existía en el Sur de su patria. Persiguió ferozmente a sus adversarios y les confiscó los bienes, sin distinciones de ninguna clase.

Entretanto, la lucha por arrojarle de nuestro suelo cobraba alientos en el espíritu bélico de los centroamericanos y de sus dignos jefes. La unión práctica y sin vacilaciones, de que hablaba Iturbide, aparecía en cada uno de los gobernantes de las cinco Repúblicas. Sus ejércitos formaron uno sólo y nunca desmayaron en su empresa hasta escribir íntegra y heroicamente en la Historia la gloriosa página de la liberación nacional.

Obligado por las derrotas sufridas, Walker se refugió con toda su Falange en la ciudad de Rivas, situada a corta distancia de San Juan del Sur. Allí fué sitiado por los aliados, que aguardaban su rendición en cualquier momento por causa del hambre. Pero la intervención yanqui impidió el logro de éste, al parecer inevitable desenlace de la tragedia, porque Mr. Davis, capitán de un barco de guerra anclado en el referido puerto de San Juan del Sur, impuso su mediación en el conflicto, hizo que se firmara un armisticio y luego la paz con absolutas garantías para los filibusteros, y no satisfecho con tales exigencias, él mismo se encargó de transportarlos a Panamá con las mayores consideraciones y bajo la protección de la bandera estadounidense.

La derrota no desanimó a los políticos de Washington, y mucho menos al aventurero que les servía de instrumento. Cuatro años después volvió Walker a Centroamérica con otra Falange. Desembarcó en Trujillo, Honduras, pero las rivalidades que ya se manifestaban entre Inglaterra y Estados Unidos por la cuestión del canal de Nicaragua, permitieron que el «Icarus», barco inglés, lo capturara y lo entregara a las autoridades hondureñas, que lo pasaron por las armas el 12 de septiembre de 1860.

Es justo añadir que los desgraciados acontecimientos de que nos ocupamos repercutieron en la conciencia de todos los pueblos hermanos del Continente. La amenaza del Norte revivía el pensamiento de Bolívar respecto a la necesidad de unirnos.

«Ciertos Gobiernos, como los de Perú y Chile, protestaron por aquel atropello a los derechos soberanos de Repúblicas débiles, y muchos hispanoamericanos ofrecieron y prestaron sus servicios a la causa de la libertad. Como un acto de reconocimiento no olvidaremos aquí al marino peruano capitán Riesstra, héroe del Pacífico.

La contienda, a pesar de sus depredaciones incontables, puso en evidencia un hecho que ha venido repitiéndose las veces que iguales razones históricas le brindan la oportunidad de exteriorizarse: el hecho de que existe una fuerte unión espiritual y material en los pueblos que integran la familia hispánica de este hemisferio. Los sufrimientos y las alegrías de cualquiera de ellos son compartidos por los demás; no es preciso que la bocina de las propagandas oficiales invite a tomar partido en estos dramas de los sentimientos y las ideas populares; la voz de la sangre, de la cultura y de las aspiraciones comunes, continúa siendo un poderoso agente de auténtica cohesión en el vasto organismo político y social de nuestro conglomerado de naciones, víctimas, por desgracia, en tantas ocasiones, de malos dirigentes y de caudillos perversos.

Para citar el último ejemplo, que confirma sin restricciones la regla, basta retroceder unos veinte años y estudiar de nuevo la violenta reacción producida en Iberoamérica en presencia de la desigual batalla librada por el General Sandino en las Segovias nicaragüenses, durante cinco años consecutivos, para arrojar de aquel territorio a los 14.000 contabularios yanquis de Stimson, Feeland, Henderson y otros émulos de Byron Cole y Walker.

No suponga el lector que las crueles experiencias de 1856 curaron definitivamente a los cabecillas del partidismo «reformador». No fué así, porque hubo quienes insistieran en alcanzar el poder con el antifaz de la unión y el apoyo filibustero. En 1863 el General Gerardo Barrios, amigo inseparable de Jerez, a raíz de su derrota en El Salvador, escribe desde Panamá una carta el 8 de diciembre a Mr. James Hart, en Londres, y de la cual tomamos este párrafo, que no requiere comentario: «Escribo —dice la carta— a don Carlos Gutiérrez (Ministro de El Salvador en la capital británica) y quisie-

«a que usted se pusiera de acuerdo con él para informarme si fuera fácil que alguna casa de esas que aventuran capitales en empresas, pudieran avanzar fondos para traer, en clase de emigrados, *un batallón de suizos armados, que no bajara de ochocientos hombres. Con ese número se verificaría la unión centroamericana*, desterrándose con el hecho la influencia de los franceses y la tendencia a la anexión al Imperio mejicano. Tal vez el Gobierno inglés sería simpático con la empresa, al que con tiempo y por medio de Gutiérrez le pedí su protección».

Esó de la anexión al Imperio de Maximiliano era una de las mentiras, usadas con frecuencia por Barrios, para sacar ventajas de sus consecuencias. Dejemos que sus propias palabras lo desmientan. El 4 de julio del año siguiente, dirige otra carta desde Nueva York a don Justo Morales, de la que tomamos la parte conducente: «Amigo —le dice—, estoy desesperado de ver que ustedes nada hacen ni nada dicen: desengañense: el único medio de botar a Carrera y Dueñas es el que he tomado aquí y que espero que ustedes secunden, y es el de hacerles aparecer como amigos del Imperio de Maximiliano, dispuestos a anexarse. Estos sudamericanos son muy desafortunados, y se hace de ellos lo que se quiere con sólo hablarles de americanismo, de Congreso Continental y echar baladronadas contra España; yo, que les he cogido el lado débil, trabajo incessantemente en ese sentido» (9).

Grandes enseñanzas se desprenden de los documentos preinsertos. Nos dan la medida de lo que ha sido por tantos años el espíritu del caudillismo nacional y el criterio en que se basan los panegiristas de su sistema. Con esos materiales intelectuales y cívicos se ha escrito una historia aferrada a la mentira, en la esperanza de que las generaciones del mañana serían incapaces de descubrir sus intenciones y burlarse de los

(9) El documentado y voluminoso estudio *Máximo Jerez y sus Contemporáneos*, editado el año pasado en Managua por el historiador Pedro Joaquín Chamorro, es la mejor guía para el lector que desee enterarse ampliamente de este capítulo del unionismo como disfraz del partido liberal.

oropeles que adornan la memoria de sus ídolos. Porque Gerardo Barrios es todavía, para quienes ignoran lo que transcribimos, uno de los más fieles corifeos del ideal unionista.

Ayer los aventureros procedían de Francia y Estados Unidos; ahora es casi seguro que habrían llegado de Suiza a no haberle sorprendido la muerte a Barrios en el patíbulo de San Salvador el 29 de agosto de 1865.

Otro exponente del falso y peligroso unionismo del caudillismo liberal es el General Justo Rufino Barrios, Presidente de Guatemala de 1873 a 1885. Barrios escaló el Poder mediante una revolución contra el régimen conservador e implantó desde el principio la más despiadada tiranía que ha sufrido República alguna de Centroamérica. Persiguió con saña implacable a sus adversarios y a la Iglesia Católica, importó leyes «reformadoras» como Barrundia, y en un momento de delirio de grandeza, se proclamó Presidente de la Federación Centroamericana y obligó al Congreso a sancionar la insólita resolución.

El resto de Centroamérica, con excepción de Honduras, cuyo gobernante él mismo había colocado, rechazó de plano la absurda medida del caudillo «providencial», y se aprestó a la defensa. Estados Unidos y Méjico no estuvieron de acuerdo con el plan de don Rufino; el primero, porque estimó afectados sus derechos en el canal de Nicaragua, y el segundo, porque vió en aquel paso dictatorial «una amenaza contra la independencia y autonomía de las nacionalidades de este Continente». (Cablegrama de Porfirio Díaz a Barrios, de 10 de marzo de 1885.) El unionismo de Barrios no tenía otra base que la ambición personal y el caudillaje, y al destruir los fundamentos espirituales de la unidad de nuestros pueblos con su liberalismo antirreligioso, destruía de hecho el ideal unionista que esgrimía como bandera de guerra y que pretendía imponer, paradójicamente, con una lucha fratricida.

Barrios no se desalentó por los obstáculos que le cerraban el camino, y al frente de un poderoso ejército lanzóse a la guerra contra los aliados El Salvador, Nicaragua y Costa Rica. En la única y sangrienta batalla, la de Chalchuapa, en territo-

...rio salvadoreño, todo concluyó con la derrota y muerte del conquistador guatemalteco.

Una última forma de la mentira unionista es la de las reuniones diplomáticas o Congresos convocados por algunos Presidentes. A estos Congresos les concede importancia excesiva el doctor Laudelino Moreno (10); pero nosotros, que empleamos en la historia un criterio más objetivo que teórico, les concedemos apenas el escaso valor que tienen desde cualquier punto de vista práctico.

A partir de la ruptura del Pacto Federal en 1838, vienen celebrándose en distintas ciudades del istmo: Sonsonate, Nacaome, Chinandega, San Vicente, Tegucigalpa, etc. Elocuentes discursos y pintorescos brindis coronan por lo regular sus actos, que no pasan de ese lirismo inconsistente, porque la realidad de los fines perseguidos no estaba en la unión, la cual sólo venía a servir de subterfugio para adormecer la opinión pública y estabilizar, de esa manera, a más de un gobernante sin prestigio y con revolucionarios peligrosos en las fronteras.

LA UNIÓN POSIBLE

Insistimos en afirmar que el pueblo centroamericano es unionista de corazón. Por razones que es dable imaginar comprendemos que el bienestar de la República, su elevación política y su fuerza material radican en la cohesión de sus miembros, hoy disgregados y expuestos por ello a los peores abusos de los imperialismos extraños. Mas contra esta necesaria cohesión trabajan sin cesar los intereses creados del caudillismo, azuzador de odios locales y fútiles, que la instrucción del pueblo va desterrando, afortunadamente, más a prisa de lo que se esperaba.

En la realización de este magno proyecto queda, sin duda, bastante por hacer, pero una labor inteligente y patriótica abreviará el trabajo y el tiempo en considerables proporciones. Es

(10) Laudelino Moreno: *Relaciones interestatales de Centroamérica*, Madrid.

de absoluta necesidad, ante todo, aumentar las vías de comunicación internacionales, favorecer el comercio entre los cinco Estados, originando con ello la fusión de intereses y personas más allá del círculo estrecho de sus actividades locales; disminuir la influencia militar que aún soportamos en algunas Repúblicas como herencia de las pasadas luchas civiles, y evitar la intervención de la mano extranjera, que bajo las apariencias de inversiones de capitales productores y fomentadores de la riqueza nacional, se entrometen peligrosamente en la marcha regular de nuestros asuntos internos, y utilizando la amenaza y el soborno desmoralizan nuestra política buscando prolongar el aislamiento y la división de nuestros pueblos, que trae como consecuencia la debilidad de los Gobiernos y la consiguiente entrega de nuestros recursos económicos de materias primas y de trabajo obrero a la explotación del capitalismo imperialista.

Se les ha llamado a las Repúblicas del Istmo los Balcanes de América. Hay tal vez indiscutible semejanza en la comparación. En Europa eran los millonarios fabricantes de armas, como Alfredo Krupp y Zaroff, los encargados de fomentar las rivalidades de aquellos desventurados países, a efecto de venderles los proyectiles que utilizarían en la matanza; aquí han sido los *trusts* de un capitalismo igual, hasta por su carácter judío, el que suele promover revoluciones y desórdenes y alimentar los errores separatistas para arrancar mejores concesiones y ensanchar la ganancia de sus negocios.

Y pasando al orden cultural, nadie se atrevería a negar el hecho extraordinario que representa la Escuela, y especialmente la Universidad, en la culminación de ideales tan elevados y justos como el que perseguimos. Consuela decir que en los últimos años algo hemos adelantado por esa vía. Una juventud digna del calificativo de revolucionaria tiende a mirar el porvenir con otros ojos y a no engañarse más con las mentiras de un pasado estéril, que va siendo sepultado ya en la conciencia de los pueblos, víctimas de sus graves errores y traiciones.

Sin embargo, muy difícil es todavía predecir el futuro de las realidades que anhelamos. Por causas internacionales, sobre

todo, influye demasiado en la política centroamericana el factor extranjero, que por diversos medios lucha en la sombra con el fin de aislarnos, no sólo de los vecinos centroamericanos, sino de los demás pueblos de la gran familia hispanoamericana. De ahí que las fuerzas negativas de arriba, frustren las sanas intenciones que alientan a la mayoría popular, entre la cual juega un papel decisivo el elemento joven de la Universidad. Pero como la situación mundial es de crisis, no extrañaría a la lógica de la historia el resurgimiento de la unión por encima de los valladares fabricados por el egoísmo de sus enemigos criollos y extranjeros.

LA CUESTIÓN ACTUAL

En el presente, Centroamérica unida sería una República de diez millones de habitantes, con un área casi igual a la de España. Su papel en las relaciones internacionales, estaría lejos de parecerse al que habría desempeñado cincuenta años atrás; y se explica el cambio por el desenvolvimiento exagerado que otras naciones lograron en sus adelantos materiales. Por consiguiente, nuestra posición internacional frente a ellos no variaría inmediata y fundamentalmente.

Tal aseveración no requiere argumentos, proque está a la vista que las Repúblicas mayores del Continente ibérico, a pesar de sus inmensos recursos, conservan en la política internacional un grado de inferioridad notable frente los grandes imperialismos que se disputan la hegemonía mundial.

De ahí ha nacido la idea de extender a una esfera más amplia la vinculación de todos los pueblos unidos ayer por una vida política y social común. Entonces fuimos poderosos y nuestra voz se dejó oír con acentos de libertad y soberanía. Tal como nos encontramos hoy, ninguna de las partes de aquel vasto conglomerado tiene aisladamente las garantías indispensables para su propia seguridad. Urge, pues, restablecer en distinta forma, pero con fines idénticos, la unidad perdida, armonizar las relaciones que vayan encaminadas a protegernos recíprocamente cuando las ambiciones de fuera intenten inva-

dir el espacio territorial de cualquiera de nuestras Repúblicas.

Es el momento de contemplar la realidad en otros aspectos de la vida internacional. Los valores sustanciales de la nacionalidad en cada una de ellas son los mismos que pertenecen al resto de esa familia de pueblos, cuyos límites geográficos son los Pirineos y la Tierra de Fuego, las playas mejicanas y las Filipinas, el archipiélago admirablemente situado en las fronteras de Asia y Oceanía. Los doscientos millones de hombres que en semejante espacio viven, ostentan derechos y aspiraciones iguales y buscan una solución parecida a sus problemas esenciales. Lógico sería, pues, buscar el medio de alcanzar dichos fines, preparando la conciencia del mañana, exenta de mezquinos propósitos e intereses de partido y de caudillismos «providenciales».

Un estudio sereno de los acontecimientos en que somos más que nada espectadores, nos obliga a escoger una ruta segura para enfrentar el porvenir. De lo contrario seremos arrojados por las fuerzas extrañas que nos rodean o iremos forzosamente a pelear en defensa de una causa ajena como cipayos y mamelucos. Y los pueblos no son grandes cuando luchan, sino cuando en la lucha cumplen un destino, el destino que la Providencia les ha señalado en la Historia Universal.

AGUSTÍN TIJERINO ROJAS

Tegucigalpa, Honduras, febrero de 1949.